



ANNE HOLT

EN LAS FAUCES DEL LEÓN

Roja & Negra

ANNE HOLT y BERIT REI-
SS-ANDERSEN
**EN LAS FAUCES DEL
LEÓN**

Traducción de Lotte Katrine Tollefsen

www.megustaleerebooks.com

*A nuestros amigos:
Dr. Lykke, pastor de ovejas,
y Arnold, Caballero de la Palabra Redonda*

De nada sirve ser zoólogo en las fauces del león.

GUNNAR REISS-ANDERSEN

VIERNES, 4 DE ABRIL DE 1997

18.47 Gabinete de la primera ministra (SMK)

Una mujer vestida de azul esperaba frente al despacho de la primera ministra. Su ansiedad iba en aumento mientras fijaba la vista alternativamente en el teléfono y en las puertas dobles. Vestía una elegante chaqueta de corte clásico, falda a juego y un pañuelo de colores algo excesivos. A pesar de que estaba finalizando una larga jornada laboral, iba perfectamente peinada, con un corte estiloso aunque algo pasado de moda que hacía que aparentara más edad. Podía dar la sensación de que era intencionado, de que esas sienes despejadas y el recogido alto pretendían darle una dignidad que sus cuarenta y tantos años no le aseguraban. Tenía mucho que hacer, pero en contra de lo que era habitual en ella, no conseguía acabar nada. Durante un largo rato se limitó a estar allí sentada. La creciente sensación de que algo iba terriblemente mal se intuía únicamente en sus dedos. Eran largos, bien cuidados, con las uñas pintadas de un rojo intenso y dos anillos de oro en cada mano. A intervalos regulares las levantaba hasta tocarse las sienes como si quisiera alisar unos invisibles cabellos rebeldes. Luego golpeaba rítmicamente la mesa produciendo un ruido sordo, como una serie de disparos de pistola con silenciador. Se levantó de golpe y se acercó a la ventana que daba al oeste.

Estaba oscureciendo. Parecía que abril iba a ser tan impredecible como en su día lo deseó Bjørnstjerne Bjørnson. Dieciséis pisos más abajo podía ver gente que se apresuraba por la calle Aker aterida de frío, mientras otros caminaban en círculos esperando irritados un autobús que tal vez

no llegaría nunca. En el bloque 5 del distrito gubernamental la ventana del despacho de la ministra de Cultura aún estaba iluminada. A pesar de la distancia, la mujer del traje azul pudo ver cómo la secretaria entraba en el despacho de su jefa llevando un montón de papeles. Observó cómo la joven ministra lanzaba una sonrisa a la mujer mayor y se apartaba el cabello rubio de la cara. Era demasiado joven para el puesto. Y tampoco era lo bastante alta. Un vestido de gala no le queda bien a una mujer que no ha cumplido los sesenta. Por si fuera poco, la ministra encendió un cigarrillo y dejó el cenicero encima de los documentos apilados. «No debería fumar en ese despacho —pensó la mujer de azul—. Hay auténticos tesoros artísticos colgados de las paredes. No puede ser bueno para los cuadros. Decididamente, no puede ser nada bueno.»

Agradeció sentirse indignada. Por un momento sirvió para reprimir el desasosiego que estaba a punto de convertirse en una desconocida y preocupante sensación de angustia. Habían pasado dos horas desde que la primera ministra Birgitte Volter le dijera con decisión, casi con antipatía, que no debían molestarla para nada. Así lo dijo: «para nada».

Gro Harlem Brundtland nunca hubiera dicho «para nada». Habría dicho «bajo ninguna circunstancia», o tal vez se hubiera conformado con indicar que no quería ser molestada. Y aunque los diecisiete pisos de la sede gubernamental hubieran estado en llamas, nadie molestaría a Gro Harlem Brundtland si ella así lo había pedido. Pero Gro había dejado su puesto el 25 de octubre del año anterior y ahora corrían nuevos tiempos, nuevas costumbres, una nueva forma de expresarse, aunque Wenche Andersen se guardaba sus sentimientos para ella y seguía haciendo su trabajo como siempre, de forma efectiva y discreta.

El juez del Supremo Benjamin Grinde se había marchado hacía algo más de una hora. Vestía un traje italiano de color gris acero y se despidió de la primera ministra con una inclinación de cabeza mientras cerraba la puerta. Con una me-

dia sonrisa, había dejado caer un cumplido sobre el nuevo traje chaqueta de Wenche Andersen, y luego desapareció escalera abajo con su portafolio de piel burdeos bajo el brazo, camino del ascensor del piso quince. Fiel a su costumbre, ella se había puesto de pie para llevarle un café a Birgitte Volter, pero afortunadamente, en el último momento, recordó que había pedido que la dejaran en paz.

Se estaba haciendo muy tarde. Los secretarios de Estado y los asesores políticos ya se habían marchado, al igual que el resto del personal administrativo. Wenche Andersen estaba sola en la planta dieciséis de la sede del gobierno un viernes por la noche, y no sabía qué hacer. Del despacho de la primera ministra salía un silencio atronador. Pero tal vez no fuera tan extraño; al fin y al cabo, las puertas eran dobles.

19.02 Calle Odin, 3

Definitivamente, algo fallaba en el contenido de la sencilla copa con forma de tulipán. La tenía levantada para observar cómo incidía la luz en el color rojo. Intentó tomarse su tiempo, dejar hablar al vino, relajarse y disfrutar del rotundo burdeos como se merecía. La cosecha del 83 tendría que ser agradable y seductora. Este vino tenía un sabor demasiado intenso. Frunció los labios en un gesto de desagradable sorpresa cuando comprobó que el aroma final de ninguna manera se correspondía con el precio que había pagado por la botella. Dejó la copa con un gesto brusco y agarró el mando a distancia de la televisión. El informativo ya había empezado y carecía de cualquier interés, las imágenes pasaban ante sus ojos sin que se fijara en otra cosa que en el perfecto mal gusto con que vestía el presentador. Estaba claro que los hombres no pueden llevar americanas amarillas.

Tuvo que hacerlo. No tenía otra alternativa. Ahora, cuando todo había pasado, no sentía nada. Había esperado una especie de liberación, una oportunidad de respirar profundamente después de tantos años.

Deseaba sentir alivio, pero le invadió una soledad desconocida. De repente los muebles que le rodeaban resultaban extraños. El viejo y pesado aparador de roble al que se subía de niño y que lucía en el salón en todo su esplendor, con sus parras talladas y la colección de exclusivas miniaturas netsuke tras las puertas de cristal, ahora parecía triste y amenazador.

Sobre la mesa, delante del televisor, descansaba un objeto. No entendía por qué lo tenía allí. Era incompresible que se lo hubiera llevado.

Se estremeció e hizo desaparecer al hombre del informativo presionando con un dedo. Al día siguiente sería su cumpleaños. Llegaba a los cincuenta. Se sintió mucho más viejo al levantarse entumecido del sofá Chesterfield para ir a la cocina. Haría el paté esa noche. Tenía que hacerse esa noche. Estaría en su mejor momento tras veinticuatro horas en el frigorífico.

Por un momento consideró la posibilidad de abrir otra botella de vino en lugar del burdeos estropeado. Descartó la idea y se conformó con un coñac que se sirvió con generosidad en otra copa. El coñac del cocinero.

Tampoco en la cocina encontró alivio alguno.

19.35 Gabinete de la primera ministra

El peinado ya no estaba tan perfecto. Un rizo teñido y tieso caía sobre sus ojos, y notó que tenía perlas de sudor en el labio superior. Agarró nerviosa el bolso y lo abrió para sacar un pañuelo recién planchado. Lo apretó primero contra sus labios y luego sobre la frente.

Iba a entrar. Tal vez hubiera sucedido algo. Birgitte Volter había desconectado el teléfono, así que tendría que llamar a la puerta. Puede que la primera ministra se encontrara indispuesta. Últimamente parecía bastante estresada. Aunque Wenche Andersen tenía serios prejuicios sobre su estilo algo descuidado e informal, no podía dejar de reconocer que era muy amable. En cambio, esa semana había actuado de forma casi arisca, daba la impresión de estar medio enfadada y se irritaba con facilidad. ¿Estaría enferma? Iba a entrar. Ahora.

Pero, en lugar de molestar a la primera ministra, fue otra vez al cuarto de baño. Se tomó su tiempo delante del espejo. No había nada que mejorar. Se lavó las manos de forma lenta y pausada y sacó un tubo pequeño de crema del armario que había debajo del lavabo. En realidad no le hacía falta y le dejaba las manos pegajosas, pero eso le llevaría un rato. Se frotó concienzudamente los dedos, notando cómo su piel absorbía la crema. Sin querer, volvió a mirar la hora y respiró con dificultad. Solo habían pasado cuatro minutos y medio. Las pequeñas manecillas de oro estaban casi paradas. Volvió a su sitio, preocupada y desesperada. Hasta el sonido de la puerta del cuarto de baño que se cerraba tras ella le dio miedo.

Ahora tenía que entrar. Wenche Andersen se incorporó a medias, dudó un poco y volvió a sentarse. La orden había sido meridianamente clara. Birgitte Volter no quería ser molestada. «Para nada.» Pero la primera ministra tampoco le había dicho que pudiera irse a casa, y sería impensable dejar el despacho antes de que se lo indicaran. Ahora entraría. Tenía que entrar.

Con la mano sobre el pomo, acercó el oído a la puerta. Ni un sonido. Golpeó con cuidado la madera con el dedo índice. Seguía sin oírse nada. Abrió y repitió el gesto en la puerta interior. No sirvió para nada; nadie dijo «Entre» o «No moleste». Nadie dijo nada, y a Wenche Andersen ya no le sudaba solo el labio superior. Con cuidado y titubean-

do, reservándose la posibilidad de cerrar a la velocidad del rayo si la primera ministra estuviera profundamente concentrada en algo de gran importancia, entreabrió la puerta. Pero, al abrirla apenas unos diez centímetros, no vio más que una parte del rincón para las visitas con su mesa redonda.

Por fin, Wenche Andersen se sintió invadida por la decisión que le había faltado durante horas y abrió la puerta de par en par.

—Discúlpeme —dijo en voz alta—, siento molestar pero...

No tenía sentido decir nada más.

La primera ministra Birgitte Volter estaba sentada en su silla con el cuerpo caído sobre el escritorio. Recordaba a una estudiante en una lujosa sala de lectura de una biblioteca bien entrada la noche en época de exámenes. Solo quería dormir unos instantes, descansar. Wenche Andersen estaba en la puerta, a unos seis metros y medio de distancia, pero podía verla de todas formas: la sangre, que había formado un gran lago estancado sobre la propuesta de colaboración con el espacio Schengen, era muy visible. Tanto que Wenche Andersen ni siquiera se acercó a su jefa muerta para intentar ayudarla, llevarle un vaso de agua u ofrecerle un pañuelo para que limpiara esa porquería.

En lugar de eso, cerró con mucho cuidado, pero ahora sí, con gran determinación, las puertas que daban al despacho de la primera ministra. Dio la vuelta a su mostrador y descolgó el teléfono que tenía línea directa con la comisaría central de Oslo y su unidad operativa. Sonó una sola vez antes de que contestara una voz de hombre.

—Deben venir inmediatamente —dijo Wenche Andersen con voz apenas temblorosa—, la primera ministra ha muerto. Le han disparado. Birgitte Volter ha sido asesinada. Tienen que venir.

Colgó y cogió otro teléfono para hablar con la central de vigilancia.

—Llamo del gabinete de la primera ministra —dijo ya más tranquila—. Cierren el edificio. Que no entre ni salga nadie. Solo la policía. No olviden el garaje.

Cortó la comunicación sin esperar respuesta y marcó otro número de cuatro cifras.

—Planta quince —contestó el hombre que se encontraba una planta más abajo, en la jaula de cristal antibalas, la esclusa que daba paso al recinto más sagrado: las oficinas del primer ministro del reino de Noruega.

—Llamo del gabinete de la primera ministra —dijo una vez más—. La primera ministra ha muerto. Pongan en marcha el plan de emergencia.

Y así Wenche Andersen continuó cumpliendo con su deber como siempre lo había hecho: de forma sistemática y sin cometer errores. Lo único que podía delatar que ese viernes por la noche había ocurrido algo extraordinario eran dos manchas violáceas que se iban haciendo cada vez más grandes en sus mejillas, y que pronto cubrirían su rostro por completo.

19.50 Redacción del diario Kveldsavisen (KA)

Los padres de Liten Lettvik bautizaron a su niñita rubia con el nombre de Lise Anette, a pesar de que tenía una hermana un año mayor que sin lugar a dudas lo contraería en «Liten». Poco sospechaban entonces que cincuenta y tres años más tarde pesaría noventa y dos kilos y fumaría veinte puritos al día. O que bebería whisky a diario, justo al límite de lo que su castigado hígado podía resistir. Todo en ella incitaba a la burla, desde su melena gris sobre un rostro marcado por treinta años de trabajo en la redacción, hasta su fidelidad al derecho adquirido en los años setenta de no llevar sujetador. Pero nadie se reía de Liten Lettvik. Al menos, no en su presencia.

—¿Qué coño hace un magistrado del Supremo con la primera ministra un viernes por la noche? —murmuró para sí mientras se colocaba los pechos que se deslizaban hacia sus axilas y finalmente encontraban apoyo sobre sus bien acolchadas caderas.

—¿Qué has dicho?

El chaval que tenía delante era su perrito faldero. Estaba esquelético, medía un metro noventa y seis y todavía tenía acné. Liten Lettvik despreciaba a la gente como Knut Fagerborg. El chico estaba haciendo unas prácticas de seis meses en el KA. Esos jovenzuelos eran los periodistas más peligrosos del mundo y Liten Lettvik lo sabía. Ella también había sido becaria, y aunque hacía ya mucho tiempo y las circunstancias en la prensa noruega de aquella época eran muy distintas, reconocía el tipo. Pero Knut le resultaba útil. Como todos los demás, le profesaba una admiración sin límites. Creía que ella le conseguiría una prolongación de su período de prácticas. Estaba completamente equivocado. Pero, mientras tanto, le servía.

—Es curioso —dijo otra vez, más para sí misma que para responder a Knut Fagerborg—. Esta tarde he llamado al Supremo y he preguntado por Grinde. Es jodidamente difícil averiguar algo de lo que está haciendo ese comité suyo. Una jovencita de su equipo dejó escapar que estaba con la primera ministra. ¿Por qué demonios estaría allí?

Levantó los brazos y se desperezó. Knut reconoció el olor del perfume Poison. No hacía mucho que había tenido que ir a urgencias para que le dieran antihistamínicos después de pasar una noche con una mujer con el mismo gusto.

—¿Qué quieres? —preguntó Liten de pronto, como si acabara de reparar en su presencia.

—Algo está pasando. La radio de la policía se ha vuelto loca durante un rato y ahora está en completo silencio. Nunca he visto algo así.

No es que a los veinte años Knut Fageborg hubiera vivido gran cosa, pero Liten estaba de acuerdo. Resultaba muy

extraño.

—¿Has oído algo en la calle? —preguntó ella.

—No, pero...

—¡Chicos! —Un cuarentón que vestía una chaqueta de tweed entró en la redacción arrastrando los pies—. Pasa algo en la torre del gobierno. Montones de coches y mucho jaleo, y están poniendo barreras. ¿Sabéis si la primera ministra espera visita de algún jefazo extranjero?

—¿Por la noche? ¿Un viernes por la noche?

A Liten Lettvik le dolía la rodilla izquierda. Sufrió molestias en esa misma rodilla dos horas antes de que la plataforma petrolífera Kielland se inclinara y se hundiera. Tuvo unos dolores insufribles el día anterior al asesinato de Palme. Por no hablar de que tuvo que ir cojeando a urgencias la noche después de que estallara la crisis del Golfo. Le sorprendió que la señal hubiera llegado tarde, hasta que esa misma noche supo que el rey Olav había fallecido.

—Acércate a investigar. —Knut se marchó—. Por cierto, ¿conocéis a alguien que tuviera un hijo en el sesenta y cinco?

Liten Lettvik se rascó la rodilla con dificultad y jadeó mientras se clavaba el borde de la mesa en la tripa.

—¡Yo nací en el sesenta y cinco! —gritó una mujer que vestía con garbo un traje de color lila y traía dos carpetas del archivo.

—Eso no me vale —dijo Liten Lettvik—, estás viva.

20.15 Gabinete de la primera ministra

Billy T. sintió algo parecido a la nostalgia. Le agarró de la boca del estómago y tuvo que respirar profundamente varias veces para despejarse la cabeza.

El despacho de la primera ministra resultaría bastante elegante si no fuera porque ella estaba muerta, con la cabeza apoyada sobre sus papeles; un insulto literalmente

sangriento al decorador de interiores que había elegido con esmero el gran escritorio con la parte frontal ovalada. Las formas sinuosas y ondulantes se repetían en varias zonas de la habitación, entre otras en una librería que resultaba muy decorativa pero que, debido a la ausencia de líneas rectas, parecía completamente inútil. Y, ciertamente, no contenía muchos libros. El despacho era rectangular, con los sofás para las visitas en un extremo y el escritorio con dos sillas delante en el otro. No había nada que con justicia pudiera llamarse lujoso. El cuadro que colgaba tras el escritorio era grande, aunque bastante feo, y Billy T. no consiguió reconocer a su autor. Lo primero que pensó mientras miraba a su alrededor fue que había visto despachos más exclusivos en otros lugares del país. Aquella era una estancia completamente socialdemócrata, un despacho prudente para un primer ministro que sus visitantes noruegos aprobarían con un movimiento de cabeza, pero que mandatarios de otras partes del mundo encontrarían espectacularmente poco llamativo. Había una puerta en cada extremo; Billy T. acababa de entrar por una de ellas y la otra conducía a un pequeño cuarto de estar con ducha y aseo.

El médico estaba pálido y tenía la chaqueta gris manchada de sangre. Le estaba costando quitarse los guantes de látex, y Billy T. creyó percibir un toque de solemnidad en su voz.

—Supongo que la primera ministra murió hace tres o cuatro horas, pero de momento es solo una suposición muy preliminar. Doy por supuesto que la temperatura de la habitación ha sido constante, al menos hasta que llegamos nosotros.

Por fin los guantes cedieron, despegándose de sus dedos con un chasquido, y se los guardó en el bolsillo de su chaqueta de tweed. El médico pareció armarse de valor para decir:

—Le han disparado en la cabeza.

—Eso ya lo veo —murmuró Billy T.

El jefe de sección le lanzó una mirada de advertencia.

Billy T. captó la indirecta. Se giró hacia los tres técnicos de escenas del crimen que ya estaban haciendo su trabajo, el mismo que habían realizado en muchas ocasiones anteriores: fotografiaban, medían, aplicaban con un pincel el polvo para tomar huellas dactilares, moviéndose por la gran oficina con una delicadeza que sorprendería a alguien que no los hubiera visto antes. Fingían que estaban acostumbrados a aquello, que era una práctica rutinaria. Pero en el ambiente de la estancia podía respirarse algo casi sagrado, ni rastro del humor negro que solían destilar, una opresión que aumentaba a medida que subía la temperatura. No había nada que invitara a tomarse a la ligera la muerte de una primera ministra.

Siempre que estaba cerca de un cadáver, Billy T. volvía a descubrir que nada se presenta tan despojado como la muerte. Veía a esa mujer que apenas tres horas antes dirigía el país, esa mujer a la que en realidad no conocía, pero que estaba cada día en la televisión, en los periódicos, en la radio. Ver a Birgitte Volter, la quintaesencia de un personaje público, muerta sobre su escritorio resultaba peor, más embarazoso y vergonzante, que verla sin ropa. Billy T. se dio la vuelta y fue hacia la ventana.

El Ministerio de Economía estaba a la izquierda, mucho más abajo. El edificio parecía encogerse enojado por la reciente, sofisticada y cara rehabilitación de su vecino el Tribunal Supremo. Algo más alejado, hacia el sudoeste, Billy T. podía ver el tejado del Congreso de los Diputados, bastante modesto cuando se vislumbraba desde el penúltimo piso de la torre del gobierno. La cúpula estaba coronada por un estandarte de mástil algo maltrecho e impotente. El poder ejecutivo, legislativo y judicial siguiendo una línea no del todo recta. «Y la calle Aker hilvanándolo todo», pensó Billy T., mirando de nuevo hacia el interior del despacho.

—¿Armas? —preguntó a un joven guardia que se había acercado a la puerta.